

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIV

Junio de 1937

Núm. 144

Puntos de vista

Comprensión de América



A recordado por estos días en Bogotá un espíritu culto y selecto, López de Mesa, que fué huésped de Chile no hace mucho, y a propósito de Sarmiento, que en el transcurso de dos o más generaciones haya sido posible que la obra del autor de «Facundo», «fuese girando suavemente hacia una inversión de los valores y que hoy día el signo de la barbarie combatida por él recobrase prestigio, por ignotas rutas espirituales que escaparon a su visión exaltada». Sarmiento combatió la barbarie gauchesca con sentido político, pero sin sospechar que esa barbarie que él personificaba en Rosas y Facundo, se levantaba en su misma creación como un documento de los más enteros en la interpretación humana del americanismo. Esta es la vuelta de mano del tiempo, a la cual no es posible torcer en su destino. El americanismo ha hecho jornadas lentas y difíciles, pero ha ido ahincando, en el alma de los habitantes de América, la preocupación cada vez más ceñida, por realizar no ya la unidad política, sino la unidad espiritual a través de los pueblos. La unidad política es imposible de lograr por ahora. Está sujeta a circunstancias que escapan a la voluntad de los idealistas y soñadores. Se interponen los nacionalismos de fronteras, las disputas seculares y una tradición de arrogancias que sólo generaciones aun distantes de las nuestras, podrán vencer algún día.

En todas partes de América, bulle el hervidero de la unidad es-

piritual del americanismo, que es desvío hacia lo europeo, frialdad por la cultura de occidente. Se quiere realizar el sueño de una América con una cultura propia, pero tal sueño aun no cuaja en realidades tangibles. El fermento se bate en todas las zonas del continente y en todas partes asoman sólo los primeros intentos de aquella esperanza. Quizás sea el arte el que más concretamente haya logrado realizar, hasta ahora, una concepción más entera del ideal americano, porque el arte vive de la esencia de la fuerza humana, interpreta las pasiones y las contradicciones, las grandezas del paisaje y las reacciones violentas del hombre frente a esa naturaleza y frente a las injusticias de que se siente víctima. El arte da una pauta, un encauzamiento al espíritu ávido de encontrar justificación a sus inquietudes y de encontrarse a sí mismo. Pero el arte en todas sus formas, con ser un movimiento de cordialidad y de abarcamiento, no logra tampoco romper la costra de la tradición formal de Europa, que ha hundido más de lo que se cree sus raíces en la médula de las sociedades políticas de América. Se ha señalado siempre como un fenómeno trascendente, la vigorosa marca que América imprime sobre todo el que llega a habitar sus zonas. El extranjero, salvo muy pocas excepciones, termina siempre por identificarse con la naturaleza y con las costumbres americanas. Pierde las características más esenciales de su psicología y se adapta a la vida que la tierra misma rezuma como un vaho del fondo de su poderosa fertilidad. Y a pesar de ello, las sociedades aborígenes, los elementos sociales o políticos, como si quisieran hurtarse al fenómeno de adaptación que advierten en los extranjeros, vuelven su corazón y su espíritu a las viejas civilizaciones, en todos los usos y costumbres y en la medida en que ello es posible.

El proceso deberá terminar en la total reabsorción de los que por ahora sienten con más fuerza, espiritualmente, el arte de Europa, que el arte de América. Y el arte es, en verdad, el que determinará en definitiva la solución integral del problema que se presenta hoy al americanismo. Por el arte se podrá llegar a una comprensión justa de las necesidades e inquietudes que agitan a la juven-

tud americana. A medida que el refractorio penetre en la conciencia de un arte autóctono y logre asimilárselo, tendrá mayor suma de elementos psicológicos, abundancia de sensaciones y reacciones, a su favor, para realizar esta entrada en el mundo americano y cubrirse con sus dones y maravillas. Sin abandonar enteramente las formas que la civilización occidental ha derramado por el mundo, en razón de su potencia creadora —y sería pueril desconocerla, puesto que en América apenas existe tradición de cultura— debemos conformarnos con aceptar la posibilidad y no la realidad de una cultura enteramente americana. El escollo está en la impaciencia de los que quisieran ya ser los dueños de una civilización que en todo es de marca europea. Instituciones jurídicas y programas políticos están elaborados a base de condimentos europeos. El arte mismo todavía no alcanza a desprenderse enteramente de la creación europea. Y si en todos los países surgen intérpretes de realidades, en todo distintas de las de Europa, ellos no son sino los signos precursores de aquella esperanza que alumbra indecisa y tímida aun, en el horizonte vasto de esta tierra llamada de promisión por los mismo europeos que la han visitado y estudiado.

Así se explica la observación de López de Mesa. Sarmiento al combatir la barbarie gauchesca en el impulso cruel de aquellos caudillos del desierto, imprimía los primeros lineamientos de esta formidable pasión de ser americano que hoy se agita por todos los rincones del continente. El miraba hacia Europa y quería realizar la europeización de Argentina. Los nietos cansados de Europa, quieren ser ellos mismos, conscientes de las fuerzas que brotan del fondo de la tierra que pisan, y realizadores de un ideal que es solo una línea indecisa en el amanecer que se avecina.